

CARMICHAEL

CREO que lo que verdaderamente odio es mi antigua aspiración de ser blanco. En Trinidad jugábamos al siguiente juego: cogíamos una piel de mango y la arrojábamos al aire. Si caía con la piel oscura para fuera, es que ibas a casarte con una muchacha morena. Yo tiraba una y otra vez el mango al aire con la esperanza de que cayese con la parte blanca para fuera. Quería casarme con una blanca.

«Sólo una vez he tenido relaciones con una chica blanca, cuando estudiaba en la «high school», en Nueva York. Fue un amor más platónico que sexual. Fue una relación muy importante para mí. Yo quería salir con la muchacha, pero temía ofenderla y que me insultase. No sabía qué hacer.

«Pues bien, no hacía más que pensar qué podía decirle. Íbamos en el metro juntos y allí empezó todo; todo el mundo nos miraba. Creo que ella lo sabía, pero hacía como si no se diese cuenta. Cada vez que yo abría la boca era para tartamudear. Fuimos a un baile organizado por la escuela. Recuerdo cómo me miraban los profesores. Me había enfrentado con el auténtico tabú: la mujer blanca.

Carmichael se crió con dos hermanas, tres tías y una abuela, en la mejor casa de Oxford Street, Puerto España, Trinidad. Su padre, carpintero de profesión, construyó la casa antes de marcharse a trabajar a los Estados Unidos. Carmichael no vio a sus padres desde que tenía dos años hasta que se reunió con ellos en Nueva York, a la edad de doce.

Lo sorprendente es que Inglaterra y una educación a la inglesa influyeron poderosamente en la manera de pensar de Carmichael; y esto le enoja verdaderamente.

Recuerda que una vez, de niño, fue a dar la bienvenida a una personalidad de la Casa Real inglesa con una bandera de Gran Bretaña en la mano. Esto no podrá perdonárselo nunca.

—Me asquea, porque estaba como drogado por la supremacía blanca y no me rebelé. Me enoja porque el pueblo de las Indias Occidentales, el pueblo que yo admiraba, tampoco se rebeló. En la escuela nos hacían aprendernos de memoria «La Carga del Hombre Blanco», de Kipling. Nos decían que nosotros no habíamos existido hasta que nos descubrió un hombre blanco llamado Sir Walter Raleigh, y que entonces pasamos al cine, y fue Tarrán el que salvó África del infierno.

En diversas concentraciones, en Hackney, Notting Hill, Brixton y otras partes, Carmichael logró conmover a su público con los amargos recuerdos de su niñez.

—Si preguntáis a un niño negro de las Indias Occidentales por el Valle del Nilo o por Anbal, no sabrá contestaros. Pero, eso sí, os dirá quién fue rey, quién fue reina...

«Mi padre —sigue Carmichael— era humilde, tranquilo y obediente. Yo soy todo lo contrario. Mi padre se creía a pies juntillas todo lo que decía el hombre blanco. Por ejemplo, si trabajas mucho, triunfarás. Murió como vino al mundo, pobre y negro. Así pues, rechazé todo tipo de trabajo.

«Mi padre tenía varios oficios, entre ellos el de carpintero; por la noche conducía un taxi. Sólo le veíamos los domingos. Era muy religioso. Yo fui a la catequesis y a la iglesia hasta los quince años. Luego me aparté totalmente de aquello.

Carmichael cuenta que su padre se quedó parado tres semanas porque era demasiado honrado para sobornar al enlace sindical con el fin de que le encontrase un empleo. Cuando consiguió un empleo dijo: «Se lo había pedido a Dios». Mi madre era una luchadora; cada vez que necesitaba algo, lo cogía, sin más. Carmichael nos habló después de su adolescencia en las calles de Harlem y el Bronx:

—Robábamos coches, baterías, tapacubos, y organizábamos una banda para asaltar confiterías. Yo era el cerebro. A los dieciséis años vendí cocaína; por regla general, sólo lo hacían los mayores de veintidós años.

Uno de los personajes que más han influido en Carmichael es Malcolm X, el dirigente nacionalista negro, asesinado en Harlem hace tres años. Muchos de sus discursos reflejan el pensamiento



**EL
PODER
NEGRO
EN LA
CALLE**

HAEL: VOLAREMOS EL PAIS

Su consigna es el Poder Negro. Ha declarado la guerra a la sociedad en que vive. Se le acusa de promover disturbios y violencias, de organizar la belicosidad negra. Los jóvenes militantes le consideran su héroe y le siguen. Las organizaciones quedaban rebasadas y líderes como Martin Lutero King indignaban a los jóvenes negros; había que estar a la altura de la lucha y emplear un lenguaje apropiado. Esta es la obra del Black Power y de Carmichael.

Apasionado y temible. En estos últimos siete años transformó al Student Non-Violent Coordination Committee (el Snick) de un movimiento pacifista en un grupo de acción. Ha recogido la herencia de Malcom X y plantea el problema negro en su totalidad: "Los negros americanos —dice— tienen dos problemas: son pobres y son negros". Se ha lanzado a la lucha tan a fondo que será difícilmente eliminable; lo único que pueden hacer conmigo, declara en la entrevista que publicamos, es matarme en la cárcel o matarme. De hecho, de los últimos ocho cumpleaños ha pasado siete en la cárcel. Alegre, locuaz, Carmichael habla a veces como un intelectual y cita con frecuencia a Sartre. En su adolescencia asistió a una de las mejores "high schools" de Nueva York. Posee un gran atractivo físico y sabe adaptarse a cualquier ambiente con extraordinaria facilidad. Ante cada público exhibe una personalidad distinta, la que conviene en ese momento. Tiene veintiséis años.

de Malcom X; por ejemplo, cuando habla de la necesidad del orgullo negro.

—Tenemos que valorarnos, solemos creer que la única cosa bella es un blanco, un pollo de pelo rubio y largo. Tenemos que comprender que tenemos labios gruesos, narices chatas y pelo rizado, y que somos negros y hermosos. Jamás debemos imitar al hombre blanco.

Carmichael llama a Malcom X su «santo patrón». Su despacho de Atlanta, Georgia, está presidido por el retrato de Malcom junto a un cartel que representa la pantera negra de Snick.

—Siempre admiré su inteligencia, su mente analítica, su sinceridad y su afán por reunir a su pueblo. Lo que nos gustaba de Malcom X a los jóvenes es que no era a los blancos, sino a nosotros, a los que se dirigía.

«Tengo muchos amigos blancos. Ahora bien, lo malo de los liberales blancos es que en cuanto uno se sienta a su lado, se ve obligado a sacar el tema de las razas. No me interesa este tipo de amigos. Con mis amigos me gusta hablar de Thelonus Monk, de Bach o de Joyce, por ejemplo.

«No puedo hacer de esta guerra una cosa personal, estoy luchando contra un racismo institucionalizado. Mi labor consiste en no permitir que el blanco defina mis actitudes.

Habló después del empleo de la violencia.

—El blanco habla de violencia. ¿Es que mencionó alguna vez esta palabra cuando se apoderó de África? Dicen que el Poder Negro significa violencia. El blanco ha empleado la violencia con nosotros durante más de 400 años. Si ahora nosotros contestamos, lo tienen merecido.

«Es completamente irrelevante hablar de violencia en un mundo como éste. La gente muere de hambre todos los días, a pesar de haber comida en el mundo: eso es violencia. En la India, el gobierno preconiza que se esterilice a la gente.

Eso es peor que matar, pero nadie lo llama violencia. Al gobierno británico le parece una buena acción.

«Dicen que soy un pendenciero y que incito a la lucha y los disturbios, porque cuando hablo ante un público negro, ni razono ni intelectualizo. No es necesario: lo saben por instinto. Por ejemplo, conocen la brutalidad de la policía. Cuando se habla ante un público blanco, hay que echar mano siempre de las estadísticas.

A nuestras preguntas sobre lo que él pensaba de los disturbios de Newark y Nueva Jersey, respondió:

—Nosotros no los llamamos disturbios, sino revueltas. Yo he participado en ocho. Deberían utilizar esas matanzas como muertes políticas. Debería ser una venganza para que la sociedad blanca se percatase de que no pueden seguir matando a la gente en las calles, pero, al mismo tiempo, un acto político para que continúe la lucha.

«Intentan asustarnos con este juego de muertes: ya lo véis, habéis perdido a veintinueve de los vuestros, en cambio, nosotros sólo hemos perdido a dos; es mejor que no sigáis. La unión que hay ahora en Watts y Newark es algo que no pudo conseguirse ni en cien años. Sí, creo que podría matar a un policía en una área negra, porque no tienen ningún derecho a estar allí. Si un hombre te está pisando un dedo y tú le pides, le ruegas, le suplicas y él no se mueve, entonces lo mejor que puedes hacer es pegarle un empujón.

«Podemos tener paz en los Estados Unidos a condición de que cada vez que un blanco quiere algo y dice «negro, haz esto», el negro obedece. Pero, ¿eso es paz?

—¿Cómo ve Carmichael el futuro? ¿Espera una contraofensiva blanca?

—Los Estados Unidos no pueden utilizar una bomba «H» contra los negros dentro del país. Si rodean los ghettos, volaremos todo lo que tenga-

mos delante: volaremos el país entero si se meten con nosotros.

Carmichael ha estado en la cárcel treinta y cinco veces, ocho de ellas por incitar a la violencia. Ha sufrido ocho atentados: «Pero nunca me han dado, soy demasiado rápido». Pero hace tres años, un amigo suyo fue muerto al volante de su automóvil: desde entonces no se lo ha prestado a nadie. Además, le han dado innumerables palizas. Se sube las mangas de la camisa y nos enseña unas cicatrices debidas, según él, al disparo realizado contra él, hace unas semanas, por un policía.

—Hace unos meses Carmichael predijo que no pasaría de este verano. ¿Seguía temiendo que lo matarían como a Malcom X?

—Eso es su dilema. Se equivocaron con Malcom X. Hicieron de él un mártir. Tienen dos alternativas, o matarme o meterme en la cárcel. Eso es una de las razones por las que no me llamaron a filas.

Sin embargo, tiene guardaespalda. En Londres no lleva demasiada protección. Uno de sus hombres me dijo: «No quiero que nadie sepa mi nombre. Si le matan, yo moriré con él. Tendrán que matarnos a los dos juntos».

Carmichael cree que, a pesar de todo, su fama no es nada sólida.

—La gente se fija en los individuos, porque es más fácil que tratar con movimientos. Pero cualquier otra persona de la organización podría hacer lo que yo hago. El nombre Stokely Carmichael no es sino un invento para la prensa blanca.

Dice que una de las razones por las que dimitió recientemente como presidente de Snick fue, precisamente, ésa; no quiere publicidad.

—Quiero que mi nombre pase desapercibido. Mi único objeto es aceptar todo el amor y la admiración que me ofrecen otros negros, e infundirlo entre nosotros.

Carmichael da ahora una definición diferente del Poder Negro de la que daba hace algunos meses. Antes, el Poder Negro significaba simplemente que los negros ocuparan puestos en el gobierno de las áreas negras. Ahora, dice:

—Significa la reunión de todos los negros con vistas a la lucha por la liberalización, absolutamente necesaria, para citar al hermano Malcom.

«Queremos controlar las instituciones de las comunidades en que vivimos, queremos controlar la tierra, queremos acabar con la explotación de la gente de color en todo el mundo.

Carmichael piensa volver a los Estados Unidos con el objetivo más ambicioso de todos los que ha perseguido hasta la fecha; Washington, que tiene una mayoría de color. Carmichael opina que los negros deberían gobernar aquellas ciudades en que son mayoría.

—No veo mal el que se viva en un ghetto negro, siempre y cuando uno esté libre de cualquier tipo de opresión. No será un apartheid, porque en ningún caso decretaremos que los blancos no puedan entrar.

—¿Qué nos podía decir Carmichael de los negros de la Gran Bretaña?

—Los negros de este país —añade— deberían considerarse ciudadanos de las Indias Occidentales, es decir, formando parte del Tercer Mundo, y no británicos. Los negros de aquí gozan de todas las comodidades a expensas de sus hermanos de América.

Con guerrilleros en el Caribe se presionaría sobre la Gran Bretaña. Piensa volver a Trinidad en febrero, pero quizá Jamaica sea su primer objetivo.

A los veintiséis años, Stokely Carmichael ha heredado, un poco a su pesar, el trono de Malcom X: el principal símbolo mundial de la belicosidad negra. Aún necesita poseer más de su papel de nuevo Malcom X, al que se integró el pasado año. La tragedia de Carmichael, así como la de su pueblo, es que el mundo no le concederá ni el tiempo ni la comprensión que necesita.

COLLIN McGLASHAN

(The Observer, 1967. Agencia FIEL.
Exclusiva para España.)
Fotos: CIFRA y EUROPA

